

Homenaje a Jotabeche

REINALDO VILLEGAS de la Universidad del Norte, al inaugurarse la tumba restaurada del insigne escritor.—

La comunidad copiapina, representada en sus instituciones más relevantes, han llegado hoy día a este camposanto, ante la tumba de uno de los escritores más representativos de los albores de nuestra historia literaria patria, con el afán de tributarle el homenaje de la mayor significación y trascendencia a un hijo de esta tierra, gloria de la intelectualidad del Ayer, del Ahora y de Siempre como lo ha sido José Joaquín Vallejo Borskoski.

Los copiapinos — y los aún no copiapinos — que pretendemos empaparnos de la historia, o más bien de la intrahistoria, adentrándonos en el alma, en el sentir, en el pensamiento del Hombre de esta tierra del Norte Chico, plena de generosidad, de pujanza, de esfuerzo y de trabajo, venimos a testimoniar la veneración a un hombre de letras, cultivador del intelecto que lo dio todo en vida por proyectar el contorno en que se desarrolló gran parte de su existencia, a un nivel trascendente y nacional, de modo siempre permanente y constante.

Intentaremos en estos instantes rememorar la vida de un escritor multifacético, con una obra grandiosa y cuya valoración máxima estriba en esa identificación con el ser provinciano y regional, para convertirse en conquistador de una República cultural, que iniciaba sus primeros pasos en el devenir histórico social e intelectual.

Tu existencia, José Joaquín Vallejo Borskoski, fue un ejemplo desde que llegaras a esta vida terrena en aquel lejano 19 de agosto de 1811. Sabemos de tus años de infante en contacto con esta realidad terrígena que te rodeaba; con estos versos metálicos, tornasolados e hieráticos; con este valle feraz, surcado por el Copayapu; con esta tu amada isla del desierto, como denominaste a tu amante pueblo de Copiapó. Nos imaginamos tu niñez, recorriendo esta vital franja de tierra, desde los contrafuertes cordilleranos hasta Calderilla y Puerto Viejo en el Mar Pacífico, desbrozando chañares y pimientos, trepando a los cerros que silenciosos acompañan desde siglos a los habitantes de esta región; que eligieron para vivir, para existir como una familia unida ante las situaciones gratas e ingratas; de vida y de muerte, según el sino deparado por la Divina Providencia.

Tus ilustres biógrafos nos han informado asimismo, que emprendiste muy joven tu marcha por el territorio nacional, tras el conocimiento, la cultura y el saber. Primero a la vecina Serena, allá por el año 1819; que proseguiste luego a Santiago, para entrar en vinculación con un grupo selecto de jóvenes intelectuales que bebía las sabias lecciones impartidas por los maestros don José Joaquín de Mora y Don Andrés Bello.

Viajaste, te internaste en el lluvioso y exuberante Sur, cuando te trasladaste a las tierras del Maule, donde continuaste en la adquisición de una experiencia, caracterizada por el bien y por el mal; por las rosas y las espinas, que contribuyeron a templar tu temperamento para acometer más adelante magnas empresas, que te iban a brindar gloria y renombre en actividades disímiles.

Retornaste, otra vez, a la capital de la República en pleno apogeo cultural. Corría el año del 1840. Participaste, activamente, en el quehacer intelectual. Tu pluma se empezó a conocer en el bullente periodismo de la época. Surgen tus obras primeras, configuradas desde el inicio por el apogeo a lo local, a lo nacional, a lo vernacular, a la esencia de la chilenidad; en un período en que muchos escritores de América y de Chile miraban a la excelsa y sofisticada Europa. Emergiste, mostrando el paisaje, la belleza natural de tu país, las costumbres imperantes en tu pueblo, en tu nación.

Por fin, como Hijo Pródigo, después de 22 años de ausencia, regresaste a tu amante tierra copiapina a emprender tareas de pro como un hijo agradecido del valle, de los cerros que te vieron nacer. Aquí intensificaste tu inquietud literaria, tu vena periodística. Incurtionaste en la minería, donde entraste en relación con tu hermano copiapino en las faenas de arrancar las preciadas riquezas de esta Naturaleza bravia.

En el año 1845, fundaste "EL COPIAPINO" el primer periódico del Norte de Chile. La primera voz valiente, incisiva y potente. Viviste del apogeo del Norte, en una etapa histórica esplendente; en la presencia de todos los rincones de esta provincia: Copiapó, Vallenar, Freirina, Chañarcillo y Calderilla. Te sumiste en el mundo del ser copiapino. Luchaste, honestamente, y con bríos por tus ideales, con una inquietud efervescente, oteando a todos lados. Te proyectaste, desde acá al centro de Chile, para mantener siempre tu vigencia en Santiago y Valparaíso, a través de tus innumerables artículos publicados en los principales periódicos del país.

Formaste, aquí, tu familia. Copiapó te absorbió por todos los poros. Como lo ha dicho el eminente historiador Benjamín Mackenna "fuiste un escritor chilénísimo, ladino, criollo, malicioso, embelequero, copiapino y minero".

Chile, te llamó después, hacia el año 1852, para que lo representaras en la diplomacia. Viajaste a Bolivia, y a pesar de tu breve permanencia, mostraste tu carácter de chileno y copiapino. Al volver, nuevamente a Copiapó, tu recia vitalidad permitió apoyar iniciativas de progreso, como lo fue la puesta en marcha y construcción del Ferrocarril de Caldera a Copiapó, el primero en funcionar, no sólo en Chile sino que en Sudamérica. Ya, después de llevar una existencia, rica en experiencia, y con un futuro siempre expectante y promisor se empezó a tronchar la vida con un mal que se apoderó de tu organismo. Fuiste en busca de medicina para recuperar tu salud, traspasaste la frontera con tu diligente esposa. Pero... la vida ya fenecía para tí. Te enfrentaste a la Muerte, siempre con hidalguía, con fiereza y serenidad. Partiste, hacia la eternidad desde tu Copiapó, en la Hacienda de Totoralillo el 27 de septiembre de 1858, dejando un recuerdo, vigente y actual, para las nuevas generaciones que te sucederían.

Qué nos ha dejado? Muchas cosas. Tu espíritu está; y estará presente por siempre. Forjaste, en la literatura una tradición que nos alcanzara a través del tiempo y el espacio; tu prosa fresca, ágil y punzante; el apego a lo nacional, te constituiste con tus artículos de costumbres en un precursor del criollismo.

El periodismo te recuerda, igualmente, entre sus iniciadores. Pero más que todas tus diversas actividades, está presente tu sentir, tu anhelo pujante de progreso, del Hacer y del Ser.

Copiapó, a 163 años del día en que naciste, pretende afirmarse en tu obra. Empieza a renacer después de un largo período de aletargamiento. El copiapino, vuelve a ser el de ayer, el de ahora y el de siempre. Tu recuerdo nos acompañará. Nos afirmaremos, en gran medida en él, para emerger como una zona emprendedora, mostrando con toda su potencialidad, sus distintos valores.

José Joaquín Vallejo —Jotabeche— continúa en tu sueño eterno tranquilo y venerado. Tus hijos, herederos de tu empuje, reinician un encuentro con el pasado y van en pos de un futuro, optimista y deparador, en un instante, en que todos los espíritus te redescubren como un valor nacional regional, para así avanzar por una senda de progreso, cuyo lema será adelante, siempre adelante.